

RONDA, TE ENAMORA

Ronda, como decía Guillermo Díaz Fernández, es el centro del panorama andaluz. Pues en ella se concentra todo lo que el pueblo andaluz ha sido y es a lo largo de su historia. Si el perfume de lo andaluz está en cada uno de sus pueblos y rincones, la esencia está en Ronda. La razón y fuente del turismo es que las bellezas monumentales y el paisaje se enlacen con un rasgo fundamental entre lo natural y lo humano: la personalidad. De aquí el éxito turístico de nuestra ciudad, su recia personalidad, que es fiel reflejo de un territorio con una rica historia y tradición, que a su vez ha sabido armonizar con sus encantos naturales y paisajísticos, dotándola pues de una singularidad que el visitante bien que sabe apreciar y confirmar cuando arriba por estos lares. Nuestra ciudad es pionera en este sector económico, pues en el siglo XIX los viajeros ya la recomendaban. Ronda entera es un mirador que mira y se admira hacia sí misma. Audaz se alza sobre el abismo como un sueño, segura atalaya de emociones nos produce continuamente la sensación de vuelo. Antonio de los Ríos Rosas, ilustre rondeño que fue Presidente del Congreso y miembro de la Real Academia Española, embreó en cierta ocasión a un diputado desde la tribuna diciéndole: *"No olvide usted que soy de una ciudad donde llueve hacia arriba, y a los pájaros se les ve el lomo mientras vuelan"*.

A su excepcional topografía hay que añadir su importancia histórica, donde aparece todo el espectro cultural que pueden ofrecer estas tierras ibéricas ocupadas desde hace siete mil años: Neolítico, Edad del Cobre, Edad del Bronce, influencias fenicias, celtibicenas, romanos, godos, musulmanes, castellanos... todos dejaron su impronta en nuestras tierras, y entre todos desplegaron el mapa histórico de esta impresionante ciudad. A la que añadir su peculiar clima, que marca a la perfección las cuatro estaciones del año, y que posee una luz única y un cielo cristalino de un intenso y limpio azul.

Ronda, corazón partido por un Tajo sin remedio que supo ensamblar con esmero su Puente Nuevo, como primorosa obra de cirugía urbana que unió para siempre el corazón partido de los rondeños entre la Ciudad y el Mercadillo, entre lo antiguo y lo moderno, entre la fortaleza y el llano. De un lado la ciudad palaciega y señorial, romana y mora y del otro la ciudad dieciochesca, modernista, burguesa y comercial, separadas por un embaucador barranco, cañón de un río rumoroso y cantador que en sus crecidas se despeña con magnífica furia desde las alturas para romperse al traspasar el Puente en soberbios encajes de espuma blanca. Desde cualquier mirador rondeño el alma se dilata y los ojos devoran la inmensidad de la sima hacia abajo y del laberinto de montañas hacia el frente. Desde el fondo asciende el rumor de las aguas y el graznido de sus habitantes alados. Cuando Ronda se ve por primera vez, se admira con los ojos, a partir de ahí siempre se verá con los ojos del alma.

En Ronda buscamos lo monumental y encontramos la primavera en sus típicos rincones y en sus labradas y floridas rejas; en la quietud y silencio de sus callejuelas y conventos, y en la suntuosidad de sus casas solariegas. La imaginación de los cuentos se hace aquí realidad, toda esta ciudad es pura filigrana. Ciudad de señorío, señora y soñadora. Inundada de paz, en impecable antonimia con la agreste y enriscada sierra de bandidos, guerrilleros y bandoleros, teatro de grandes batallas. De toreros machos y hombres valientes y de mujeres hermosas según nos cuentan aquellos viajeros románticos.

Ronda siempre atrae, visitarla siempre estuvo de moda, porque así siempre lo han corroborado una ingente pléyade de escritores que hablan de ella, de su alma misteriosa, de su romanticismo, y sobre todo de cómo te enamora.

Faustino Peralta Carrasco
(Cronista Oficial de la Ciudad de Ronda)